

EL VIEJO

JENS BÜCHER

Para Jennifer

El Viejo
Jens Bücher
2010
Der.Res.: Jens Bücher
Nº Inscripción: 195741
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Vienen a verme,
me cuentan sus cosas,
planes y lógicas,
historias ramificadas,
sufrir y quiebre,
el sino todopoderoso,
que yo entienda,
que dé descanso,
y por un momento
no se sienta tan hiriente
esta desdichada soledad.

Creen que aquí a mi lado
por un rato hay paz,
que contándome sus pedazos de vida
se alisa su dolor,
se muestra su largo empeño
tal vez aún en luz elogiabile,
se demuestra su buena voluntad
aún admirable, aún valiosa.

Pero no saben que cansa,
que no es así,
que se equivocaron días, años atrás,
que es otra la luz
que brillaba en sus ojos sanos
antaño, de niños,
y un nuevo logro se mostraba
liberador y feliz.

Sino soltar, sino perder,
sino el camino hacia lo difícil
mil veces y de nuevo,
mil veces
sin derecho ni recuerdo,
siempre otra vez hacia lo ignoto
con la frente en alto
mirando la nueva dificultad,
y, sí,
humildes, agradecidos.

Pero se afanan
y se muestran orgullosos,
discuten y pelean,
este lugar es mío,
tú me escuchas,
calculan y temen,
quieren ser de allí, de aquí,
temen quedar solos
y se someten,
se esfuerzan y se agotan,
un día se quiebran.

Dame una pócima,
por favor, dame algo,
alíviame, no puedo más.
Pero no doy nada
ni menos alivio.
Miro atento, busco
las señas de lo que aún vive
por detrás de lo dicho,
y a eso hago signos,
a ver si juntos destruimos
el poder de sus cuentos.

Juegan a ganar
y cuando pierden
quieren el premio,
no obstante.

Claro,
somos muchos nosotros,
a quienes se nos dio,
otra vez, una posibilidad,
a ver si ahora vemos,
si ahora escuchamos,
si en nuestro corazón
somos leales
a quien a nosotros
apuesta
en contra de la luz
de este otro juego,
de este juego
más serio y profundo
y mil veces más bello.

Y ahí vamos entonces,
ayudando a erguirse
a quien también se le ha dado
una segunda chance,
ven, es otro el juego,
deja ir aquello y mira,
quizás descubres que
es otro el paisaje,
otro el sentido,
que todo es más tuyo,
ven.

Las semanas iban,
le costaba seguir
y su intuición a menudo
se enredaba en temores,
no sabía bien
a qué voz escuchar.

Soñó
con su casa,
con un perro que se alejaba
hacia pradera y bosque
y ella lo llamaba angustiada,
pero no se devolvía.

Le ofrecí un té de hierbas,
como si fuese pausa,
conversamos y unidos fuimos
por paisajes del vivir
compartiendo el tiempo
que se nos regalaba
a mitad de mañana.

Más tarde
le pregunté sonriendo,
si fuese ella
el perro que corría,
qué sentiría.
Sorprendida
me miró a los ojos
y dijo
me sentiría feliz.

Con una maza
nos golpea la vida
a ver
si esta campana que somos
suena afinada,
si es verdad que el artista
mezcló el bronce
en proporciones buenas,
si lo calentó sin mezquindad,
si el sonido avanza
bello y seguro
hacia la lontananza,
si invita a gracia y reverencia.

A ver
si nosotros, tú y yo, agregamos
lo nuestro, lo humano,
a la música de viento y bosque,
y todo se aviene acorde,
como creado y sostenido
por las mismas fuerzas,
si nos damos las gracias
en cada encuentro,
y todo respira
de la brisa fresca
el mismo aire.

Me dijiste
con voz calmada:

Llanto
se casó conmigo,
ando de novia
hace días ya,
incrédula, traspuesta,
nada es como era,
enamorada de él
cruzo las horas,
las lágrimas resbalan
de mis mejillas
hinchadas y tibias,
mi vida ha cambiado
desde que me eligieron
princesa
para este príncipe
que antes
yo hubiese dejado ir.

Llanto
me atiende generoso,
cuida de mí,
aleja interferencias,
da vueltas en torno a mí,
me ama y se deja amar
como nunca
he amado en mi vida,
me tiende la mano
y me abraza con delicadeza,
lo que veo lleva su luz
y no puedo vivir sin él:
no sé más de mí
sino sólo de la sal
que me dejan sus besos
sobre mis labios
sensuales.

Apenas resuenan aún
mis últimas palabras,
pasan los minutos
y las observo
con el cuerpo
volcado hacia adelante,
su pelo cae
y les cubre,
apenas noto
el lento mover
de su respiración.

Algo se derrite
aquí, allá,
se acomoda
y baja otro poco.
Pasa el tiempo.
Repentinamente
está ahí:
el silencio.
El aire cambia,
la pieza se transforma,
y en medio se crea
un volumen de pureza.

Paz
llena el espacio.
El tiempo
muestra su riqueza.

Al levantar el torso
aparecen caras
llenas y luminosas.
Gracia y vida
se derrama
en medio de nosotros.

Que siendo hombre
no se puede tener
tanto miedo,
me dijiste,
que era una muralla,
que no tenías aire,
que te sentías rígido
y sin libertad
más que la de avanzar
a destrucción o libertad,
quién sabe,
ya sin atrás que te cobije,
ya sin compañía,
una apuesta
todo o nada
que no querías asumir,
pálido, blanco, temblando,
no se puede,
repetiste,
siendo hombre,
y pisando hacia adelante,
incierto, angustiado,
hacia tu salvación,
lo hiciste, amigo,
ahora aquí,
a este lado por fin,
con tu vida
por delante.

Nos creemos astutos,
pero algo más astuto aún
nos ve y tolera,
nos da un tiempo,
nos presta a nuestras ideas,
nos deja ir -
pero no para siempre,
un día eso dice basta, no más,
ahora ganan mis juegos,
ahora domino yo,
empujo, freno, quito centro,
subo, bajo y juego azar.

Para algunos es tarde:
no tienes vuelta.
Otros la tienen,
pero no quieren.
Algunos sueltan
y se abren a lo nuevo,
estos pocos,
después de la desesperación,
después del sufrimiento,
entienden, agradecen -
y renacen.

Giran la vista hacia atrás,
al montón de ideas, de valores,
de viejas astucias,
se avergüenzan inquietos,
cómo, cómo yo -
y ahora puedo de nuevo,
con qué derecho
puedo intentarlo bien,
por qué tanta suerte
a mí.

Hay conversos a la vida
que andan agradeciendo
por cada paso que dan,
por cada instante
que se les da de vivir
más allá de lo ya vivido,
andan
de maravilla en maravilla,
se sorprenden, donan,
se alegran, respiran profundo
y de noche duermen bien.

Hay depredadores
que van apurados, exigentes,
no toleran errores
propios ni menos ajenos,
creen cosas increíbles,
rezan, pagan, calculan
y de noche
no paran de pensar
los universos pensables.

El sol emerge
a diario detrás de las cimas,
el agua corre de las nieves al valle,
pájaros viven y animales,
las mareas van y vienen,
el viento sopla el aire
por encima de playa o pradera
hacia bosque, ladera y cerro,
y de noche, a veces,
surge niebla
y cubre el valle.

Hay personas
que nunca se han sentado a pensar
todo lo mucho que falta:
prestigio, suerte, dinero, fama,
relaciones, poder, espacio, tiempo,
belleza, salud, juventud, diversión
o alguien que las quiera distinto.

Que no han comprendido
cuán injusta es la vida,
quizás con ellas mismas,
así como ella abandona
a que cada una se las arregle
con lo que cayó en sus manos
por azar o trágico designio,
que no han visto en profundidad
causa o alcance
de mil destinos poco felices.

Pero que entienden
que a menudo no es suficiente
pedir, solicitar
o decir en buenas palabras,
sino que es necesario
levantar la voz
y demandar llanamente
a quien no quiere oír,
tal vez dejando en claro
que hay consecuencias
que mejor ni pensar en ellas.

Personas hay
que no han descubierto aún
cuánto
se les ha perjudicado.

Ando liviana,
me dijo la mujer,
estoy sorprendida,
días ya que no siento el peso
que llevé durante años,
liviana, casi feliz,
pero no sé de mí,
no sé a dónde quiero ir,
liviana y perdida
cruzo los días
¿qué me pasa?

Mariposa
voy de cosa en cosa,
como una hoja al viento
me dejo llevar por el aire,
no quiero nada
y tampoco sé dónde estoy,
floto de brisa en brisa
y avanzo a través
de un universo de colores
al que apenas tienen acceso
las personas cercanas,
casi me avergüenzo.

Qué es del peso,
del sufrir y de la angustia
según me cruzaba con gente ,
qué es de los días oscuros,
del llanto, de la falta de aire,
del encierro en el baño,
a dónde se fue todo esto,
y yo, ahora,
liviana, casi contenta,
¿a dónde voy?
Dime
¿qué me pasa?

Me ha contado
un joven muchacho,
he venido
al cementerio de mi alma
a enterrar
todo eso que ha muerto:
anhelos, buena voluntad,
mi maldita buena voluntad,
mi disposición
a ser servicial,
a atajar los problemas,
a solucionar
lo que otros no pudieron,
a caminar la otra legua
y a poner la mejilla.
Han muerto muchas cosas,
me dijo,
el creer en tantas cosas
que son mentiras,
en la buena sociedad
y en las buenas profesiones,
en la compra y venta
de toda la felicidad,
en seguridad, salud y bienestar,
he venido a enterrar
mi credulidad, mi tontera,
espero que estén muertas
y para siempre muertas.
Porque de aquí,
del cementerio de mi alma,
saldré libre, realista,
a abrazar dificultad y riesgo
como enamorado,
a jugar y desafiar,
derrota y triunfo en la balanza,
cantando feliz.

Des-mezclo.
Eso es lo que hago.
Vienen a mí
con corazón mezclado,
con el alma
hecha mil capas
- anhelos, temores -
giradas y traspuestas
y vueltas a girar
sobre sí mismas
en nudo de nudos.
Dicen
que les falta el aire,
que les dejó una persona
o que enfermaron,
buscan
que les cambie el mundo,
que les valore, les reconozca,
inciertos,
si es que hay esperanza,
si es que yo veo luz
en alguna parte.

Des-mezclo -
si quieres.
Renuncia, mira, reconoce,
avanza, respira,
teme los grandes temores,
goza las grandes confianzas,
limpia, endereza.

Y entonces a veces
resulta un día
que sí veo la luz -

en sus caras despejadas,
honestas y sonrientes.

Me mira el niño
con ojos grandes, abiertos,
una greda blanda
en que todo se puede marcar,
bondad, fuerza, sensibilidad -
o temor, agresión y miedo.

Pasará por los códigos
de madre y padre,
los profesores inscribirán
sus vidas y circunstancias,
compañeros probarán
sus estrategias emergentes
y en la calle
no faltará quien quiera
decir su propia versión.

Pequeño árbol
creciendo en la ciudad,
hojas tiernas abriéndose
a un aire distinto de bosque,
raíces buscando
entre ladrillos y cemento
el humus necesario,
árbol pequeño
no obstante subiendo,
creciendo sin embargo:
milagro precioso
aquí en medio
de todo esto.

Le hago bromas
con dedos suaves
y él
- sonriendo sorprendido -
me mira con sus ojos
abiertos y blandos.

Entró a esta pieza
con mirada destruida
y caminar enfermo,
me pasó una mano
blanda y sin carácter
y se sentó desconfiado.

Soy el vencedor
vencido.

Ahora no puedo
con mi vida,
arrastro a quien fui,
choco con mujer e hijos,
amigos
no quiero ya tener,
las noches
son interminables,
no quiero más.

El avión se sentía mío,
así, seguro en mi asiento,
un viraje con vigor,
una picada certera
y la descarga poderosa
que había de destruir el mal
que a este joven
le habían enseñado aniquilar.

Un día se me abrió
una otra mirada,
años ha,
y aquí estoy,
desde entonces mal.

¿Qué me ofreces?
¿Hay algo
que me puedas ofrecer?

Trafiqué
con papeles,
con claves,
con cuerpos,
mezclé evidencias,
escondí relaciones,
fui el médico
en quien confiaron
la reputación de sus vidas,
el honor de sus familias,
el salvador atrás
en el lugar
de tortura y muerte,
el profesional
que llevó a descanso
toda mala conciencia.

Años más tarde
enfermé de esta dolencia
que nadie sabe tratar,
qué opinas tú,
colegas, especialistas,
algo no responde en mí
y renuncian con voz baja.

Quizás es el pago
de culpas y acciones,
quién sabe,
o una justicia misteriosa
que funciona
sin jueces ni abogados,
qué crees tú,
tal vez
son juegos de mi mente,
o es casualidad,
qué piensas tú,
quizás es azar no más,
quién sabe.

Luz,
has llegado con luz
por delante,
en tu cara, en torno a ti,
incluso tu saludo
parece confirmarlo:
estoy bien.

En el conversar
eres recatada,
nada nuevo en realidad,
pero sí, me lo han dicho,
que estoy cambiada,
que sonrío a menudo,
quizás, sí, un poco,
quién sabe.

Me cuentas de tu vida
- como otras veces -
y no te das cuenta
cuán distinto es tu relato:
que escuchas música,
que bailas,
que has hecho cambios
en trabajo y casa,
que has vuelto a leer,
que juegas,
que planeas viajar.

Te vas.
Y contigo se va la luz
viva y contagiosa
que tú aún no percibes.

Trajiste
toda la basura del mundo
que a tus pies aquí volcaste
como signo de alcurnia,
de prestigio supremo,
que yo entienda,
que te comprenda,
que reconozca
tu esfuerzo extraordinario
y que ahora invente para ti
un minuto de descanso
entre tanta tensión.

Con razones poderosas
desvirtúas el sufrir,
rabias o pena,
o alguna sugerencia
que atreva a proponerte.
Genio y figura,
pienso para mí,
perdida la hora,
mientras te veo erguirte
e ir a la puerta.

Faltan más golpes,
más aspas rotantes,
sigo ponderando,
si la vida algún día
ha de recuperar
este corazón perdido
y lo ha de situar
en medio de sí,
de asombro y maravilla,
feliz y sano.

Vista amplia
sobre valle y pradera,
arriba la luz del mediodía
iluminando la bóveda
bajo la que se despliega
esta fiesta del vivir,
árbol, pasto, vertiente,
animales despiertos
respirando y comiendo,
emoción sobrecogedora
en el alma conmovida.

Proyección al futuro
de hijos y nietos,
de convivencia solidaria
compartiendo, donando,
mostrando y cuidando,
hacia simpleza y significado,
hacia la exquisitez
del andar juntos -
anhelo liberado
hacia un mañana cercano.

Claro,
es la otra dirección.
Felicidad de ver,
de dejar ir
en medio de la luz,
la vuelta hacia la vida.

Pones tu alma
sobre una piedra,
con otra golpeas encima,
idea sobre idea,
día tras día
las chispas saltando
del juego perverso,
razones, valores, lógicas,
el arsenal completo
contra la vida.

Té de hierbas,
te ofrezco un té,
¿quieres?
Interrumpí tu relato,
con mirada sorprendida
buscas una respuesta,
sí, no, mejor no,
bueno, dame uno.
Vierto el agua
con toda paz.
Tú ves con miedo
la pausa en el tiempo,
quieres hablar,
decirme más,
con angustia te apresuras,
haces correr
el río de ideas.

Y qué será de las piedras,
me pregunto,
de noche,
cuando duermes.

No tengo ganas,
me dices,
todo me aburre.

Te observo,
muchacho,
caído sobre el sillón
como estás,
la mirada opaca
dirigida a ninguna parte,
la voz suave y débil,
casi no respiras.

Me pregunto
si lejos
en sabana o bosque
hay algún animal
que no tenga ganas,
o que niegue su tiempo
como tú aquí
niegas el tuyo.

Y pienso
aquí yace
- vivo aún -
NN.

Cual
flautista de Hamelín
la tensión
se llevó de la ciudad
encantados
ratas, niños y adultos,
en filas y ruedos
siguieron su melodía
de novedad y magia,
y en aguas turbias
se fueron hundiendo.

Miedo
a ti, a él, a ella,
miedo a mañana,
a todo lo que puede pasar,
miedo
a ser menos,
a perder, a cualquier cosa,
miedo sobre miedo,
ya sin aire
inventando más miedos,
agobiados, exhaustos,
angustiados de vivir.

Y unos pillos ahí
apurados
haciendo flautas
para más flautistas.

Has visto caer
las imágenes del alma,
todas
tus más queridas imágenes,
creencias y anhelos,
llorados trozos
de tu intimidad herida
ahora quebrados, trizados,
sentido de vida
tanto tiempo
cuidado y atendido
ahora sin sentido,
lágrimas de derrota
cayendo a tus mejillas
cansadas ya
de tanta tibia lágrima.

Aprietan tus manos
un pequeño pañuelo mojado,
se mueven a veces
nerviosas en tu falda,
tu cabeza está gacha,
el pelo cubre tu cara,
pesado está tu cuerpo
sobre el sillón,
no ves
más que desolación
y no distingues
hacia dónde dirigir
tus próximos pasos.

Pero a mí
me da ternura intuir
lo nuevo, lo próximo,
lo que viene sobre ti,
lo que pronto
llenará tus manos
con inocencia y libertad
y en tu corazón
te hará sentido.

Del entusiasmo
les nace la eternidad,
la idea de triunfo,
de las ganas
se proyectan al futuro
y pronto crean
jerarquías y derechos
que la realidad mejor
tendrá que saber respetar.

Ingenieros de la felicidad,
reyes, reinas,
a diario soportando
el lento seguro
derrumbe de sus reinos,
a diario soportando
la lenta segura
creciente enfermedad.

Pero las olas aún
van en ritmos mostrando
crecida y retiro,
los animales expresan
anhelo y satisfacción
por partes iguales,
y los niños juegan
entre más y menos
a lo ingenuo y lo nuevo.

Transforma lágrimas
duras en blandas
y la vida crecerá
en tu corazón liberado:
me miras con ojos en duda,
crees no saber entender
de lo que te hablo.

He renunciado a tanta cosa
y mira como estoy,
sigo destruida sin esperanza,
qué más quieres que suelte.

Claro, pienso para mí,
lo que cae en tus manos
vas y lo sueltas,
demostrando que nada sirve,
que estás destinada a sufrir
frente a todo el mundo.

Pienso que te gusta dominar
el juego que juegas,
que a ti misma no te soltarás
aunque te cueste la vida,
y que lo duro
nunca será blando
en tu mente desdichada.

Pesadas nubes cuelgan
del cielo invernal,
lloverá y hará frío.
La imagen me hace sentido,
así como voy
entre durezas y oscuros relatos
y quiero recogerme
a un lugar templado,
protegido de lo externo.

Lloverá, hará frío,
pero volveré a ver el sol,
se entibiará el aire
y la luz se esparcirá generosa -
sólo lo duro
igual seguirá creando relatos,
trampas de orgullo y demandas,
de miedos y más miedos,
sin ninguna esperanza
de sol y luz.

Sólo los pocos agraciados,
los doblemente agraciados,
saltan al lado,
dejan ir y se salvan.
Si descubriese
lo que divide
a los unos de los otros,
si estuviese en mí
disolver durezas,
eliminar trampas,
y exponer al sol
a tantos marcados
por miedo y dolor -
¿qué sentido tendrían
ahora para ellos
nubes, lluvia y frío?

¿Dónde está Abel,
tu hermano?

"De manera impecable
aplicamos el protocolo,
las drogas fueron todas
de última generación,
no resistió la noche,
descompensación,
no sé -
¿soy yo acaso
su guardián?"

Y él mismo,
respecto a sí,
¿se preguntó él
a dónde iba?
¿Quiso ser él de sí
su guardián?

"¿A dónde vas
con las preguntas?
No alteres el orden,
no destruyas la paz,
hay compromisos,
cuida tu interés,
admira el juego
logrado y bonito,
baila el baile
con cara contenta,
vamos, compórtate."

Pero Abel,
tu hermano -
ahora no está.

Ciudades hay
donde antes era bosque,
historias narradas hay
donde antes iban emociones,
donde iban silencios y cantos,
pensando hemos triunfado
en contra de nosotros.

Ya yéndose,
quebrado, sin esperanza,
en reunión de despedida,
le dijo
el buen historiador
a la muchacha aprendiz:
reniega, aléjate,
sálvate, corre.

Pero volvemos al lugar,
queremos armar ingenio
con nuestras propias manos,
con nuestros buenos deseos,
y después queremos creer
en lo hecho,
en el castillo de arena
antes que venga la ola,
queremos hacer durar lo propio
y hacer hogar humano
donde hogar humano
no habrá.

Pero lo perdido,
lo de veras perdido,
quién cuenta la otra historia,
la real,
la rechazada, la reprimida,
quién la rescata,
hundida abajo como está
en el mar salado
de incontables lágrimas.

Cierro mis ojos,
vuelco mi mente hacia adentro,
reverencio y agradezco vivir.

Respiran más lento,
las caras se hacen serias
y se cierran sobre sí mismas,
parecen cuidar lo íntimo,
el silencio crece
y el respirar es aún más lento.

Algo ocurre en la sala,
no sé nombrarlo,
nace la paz tal vez
o algo sagrado,
paz sagrada quizás,
y el tiempo va
en pasos lentos
impregnado de riqueza
por nuestras vidas.

Les invito
a respirar lento y fuerte,
a finalizar el ejercicio.
De a poco abren sus ojos,
lo hacen con timidez,
como queriendo proteger
su acrecentada intimidad.

Se levantan,
se aprestan a ir,
caen palabras sueltas
aquí y allá.
Se van.

Cierro la puerta
creyendo saber
que algo bueno ocurrió
en sus corazones sensibles.

Me dice:
me estoy quedando sola,
no me interesan las cosas
que antes me interesaban,
veo lejos a mis amigas,
a mi marido no lo entiendo,
sola me estoy quedando,
pero no quiero volver atrás.

He vuelto a tejer, a bordar,
saqué cosas guardadas,
ocupo mis manos
y soy feliz.

Veo a los míos
riendo, conversando
de esto y aquello,
pero no participo.
Ando con esto serio
aquí en el pecho,
esto serio y bueno,
y no quiero soltarlo -
pero me apena verlos
lejos y livianos,
sin lo propio casi,
casi sin vida.

Entonces sola.
Mis tardes llenas de paz,
mis plantas, mis libros,
la luz de la tarde
o en la pieza,
dibujos, música,
mi sillón y la lámpara.

Sola y plena,
a veces con pena, sí,
pero no quiero volver
a lo que fue mi vida.

Te sentaste
en el sillón frente a mí,
sonreíste relajado y me dijiste,
gracias, te doy las gracias.
Me ayudaste a cambiar,
a ver con otros ojos,
a sentir con el abdomen,
a respirar en profundidad.
No sé qué será de mi vida,
no tengo idea,
pero confío y eso es.

Te miré a los ojos,
examiné tu sonrisa,
evalué verdad y apariencia,
dejé resonar tus palabras,
tu tono de voz,
sí, genuino, no hay doblez,
y recordé tu camino,
tus numerosas caídas,
los fallidos intentos
y las muchas lagunas
entre avanzar y perder.

Me contaste de ti,
de lo que te era caro,
de naturaleza, arte, niños.
De los tesoros
que guardaste en el corazón
allá de joven,
de esperanza, de generosidad,
de pasos simples
por un sendero boscoso.

En la puerta
sonreíste relajado
una vez más,
y ahora fui yo quien dijo,
gracias, muchas gracias.

El Bosco ya lo dijo
siglos atrás
al pintar la procesión
de papas y reyes,
de obispos y seguidores,
atrás la gente rica,
en pompa y gloria
todos derecho al infierno,
al mostrar
las miles de mentiras,
las arrogancias miles,
pero al lado, abajo,
pobres,
el simple y el viejo,
el perro flaco,
la acción verdadera,
casi sin permiso
para ser.

Se repiten generaciones
una tras otra,
arrogancia, poder, riqueza,
terror y sirvientes,
y la gloria propia,
aquí, ahora,
que todos la reconozcan.

Pero
con quienes se caen
de la alta procesión
podemos compartir
agua y pan,
palabra y sonrisa,
y juntos ir
el camino de vuelta
a la gracia del vivir.

Veo delante de mí
el sillón vacío
que mañana alguien usará.
Contará su verdad,
a ver si puedo dar alivio
a su peso y su dolor,
a ver si entiendo yo
lo que otros no quieren,
si sé valorar
intenciones y buenas acciones
derrochadas día a día
sobre personas que no ven,
que entienden mal
o que agreden sin razón.

¿Qué será?

Y
ahí andaré buscando
detrás de su versión
el pulso de veras,
el real sufrimiento,
la vida suprimida
con tanta intención
y buena acción,
a ver si percibo
la otra historia,
la no contada,
si sé sacarla
de su encierro
y ponerla adelante,
que ahora sea ella
la válida, la preciosa,
y se relate
en ingenuidad y gracia.

No sé.

Has dejado teñir tu vida
con las cosas de otros,
pero ahora te pido
que muestres lo tuyo,
que con lo tuyo
tiñas el mundo.

Me miras incrédula.
¿Yo, con lo mío?
Sí, tú, con lo tuyo.

Callas, piensas.
Intuyo
una pequeña tempestad
en tu corazón despierto.
Ganas y pudor,
anhelos e inseguridad,
impulsividad y freno.
Me preguntas mil cosas
y yo dejo que sea.
Algo se asienta,
con cada pregunta
algo se afirma,
con cada duda
algo es más seguro.

Jugamos
como el gato con la lana,
toma ahí, ahora quito,
y el tiempo
lo ganamos juntos.

Sí, me gusta,
pero no sé,
no sé si podré tan luego.
¿Tú crees?

Y quien ahora se va
no es quien entró aquí
una hora atrás.

Entre queja y aserción
me dices resignado,
quieres que aprenda
todo de nuevo.
Sí, y de otra manera.

Se crea un silencio
duro y largo.

Pero al fin
salta una idea fugaz
que seguimos entretenidos,
¿un té?, ¿nueces?,
conversamos distendidos
y compartimos el tiempo
como los amigos que somos,
joviales de ánimo.

Y de vuelta:
vamos, es posible.
Claro,
pero no sé por dónde,
no sé si lo podré,
si lo lograré.
Mientras no lo intentes
no podremos saberlo.
Te sonrías,
vencido o cómplice,
quién sabe.

Así
como te levantas
y caminas hacia la puerta
quiero intuir
que sí, que desde luego,
que claro.

Hace milenios vienen creando
sistemas de convivencia,
arreglos según moda y tiempo,
pretenden mejorar
el ir de la naturaleza
y determinar las reglas.

Ahí van entonces,
construyen y comercian,
intervienen e inventan,
siembran mentiras
y recogen poder,
quien más, quien menos,
gentes astutas y temerosas,
de estos sistemas
quieren saberse parte,
quieren ahí ser útiles,
que ahí se les valore,
se les brinde un buen lugar
para entonces vivir seguras.

Lo dan todo,
voluntad y esperanzas,
vitalidad y salud,
quieren justicia
por tan buen pensar,
quieren no más problemas,
piden llegar por fin
a tierras prometidas,
arrastrándose,
a metros del sepulcro,
y no ven.

¿Estará harta de nosotros
la vida,
la naturaleza,
la bella, la bendita?

Me miras con ojos
de duda o pregunta,
piensas, claro,
quieres encontrar el giro
que te redima
y a mí me muestre errado,
suspiras, piensas,
finalmente preguntas algo,
cualquier cosa,
quieres despistar, ganar tiempo,
pero no preguntarte a ti
lo que yo te pregunté.

Entonces
tienes siempre la razón,
y la vida misma
tiene que confirmarla
paso a paso,
tu maniobra, tu astucia -
ahí vas ordenando
la mente de los tuyos
para que sí, también ellos,
sean parte
de tu ingenioso poder,
sean sirvientes leales
de cuanto te viene en mente.

Te ahogas
en la frustración
de tus numerosas demandas,
pero antes arrastras
a quien está a la mano,
le quitas el aire, la esperanza,
daño sobre daño,
macabro fin
de quien nació años ha
a esta vida preciosa.

Lo tenemos todo.
Día a día
se nos da la vida,
se nos abren puertas
a valle y mar,
a bosques preciosos,
a sentir lo necesario,
a movernos y participar.

No cabe más
que la reverencia profunda,
que la gratitud emocionada,
estos beneficiados
que somos nosotros
de tanta inmensa injusticia
regalada a nuestros pies,
maravilla del vivir,
nunca suficiente
sino siempre más,
días, meses, años,
décadas también
para quien quiera dudar.

Belleza tras belleza:
en niños, en animales,
en hojas, viento y sombras,
en las horas del día,
en la otra persona,
delicias y amor,
en la música del sentir,
bendición terrenal,
más sobre más,
la fuente inagotable.

Trabajaste duro
para destruir tus prejuicios,
para abrirte a lo propio,
para aceptar y admirar.

Cada escrito
era un pedazo de vida,
un ingreso a lo nuevo,
dudando, osando,
blanda e insegura
hiciste tu andar
hacia las fuentes de lo tuyo,
paso tras paso
el camino precioso -
y un día dijiste:
basta, quiero asentar,
profundizar en lo nuevo,
sumergirme y serlo.

Pasaron los meses.
Un día recibí
un nuevo escrito:
que estabas esperando,
que donde no había
ya ninguna esperanza
ahora viene un niño,
y que estabas feliz.

Recordé los días
en que caminaste
desordenada pero humilde
al encuentro de ti,
agradecida de vivir.

Doy gracias,
por estar vivo,
por tener otra ocasión,
por poder seguir viviendo,
a ver si ahora
soy leal con la vida,
con la que me posibilita,
con la que me lanza al tiempo
esta preciosa vez.

Me arrepiento
de tanta arrogancia,
de las astucias miles,
de aprovechar aquí o allá
pensando que ganaba,
de ir por las horas
pidiendo o reclamando,
de no ver lo visible,
de pensar y de no sentir,
de pasar al lado
de niños y animales
sin dar, entender o cuidar,
de mis recelos y temores
frente a todo lo regalado,
me arrepiento
de orgullos y cegueras,
de conveniencias e impaciencias,
de creer cuentos.

Miro atrás
y agradezco,
miro hacia mañana
y confío.

Hace días yace
tu oración
sobre mi mesa.

Calor
se desparrama por mi piel,
calor y dulzura, en verdad,
juntas recorren mi superficie,
ablandando y liberando
hacia un sentir
tranquilo y pleno.

Con otros ojos
veo ahora
la realidad que me circunda,
respiro distinto el aire
que en torno a mí
se hace aquí y allá
más brillante, más genuino,
más vivo tal vez.

Mis movimientos
se transformaron,
livianos e inocentes
van al objetivo
o me llevan
a ventana o puerta,
y comparten la tibieza
de mi piel feliz.

Me has contado
tus experiencias recientes
con párpados tranquilos,
con luz en tu cara
y voz clara -
y yo me alegro
que te sepas cuidar.

Es la vuelta a ti,
a tu modo natural,
a que expreses
lo que en ti yace,
ahí esperando
que lo despiertes.

Es soltar el cuento
que en infancia y juventud
te vendieron sin vergüenza
y tú compraste
de buen corazón
y confiando sin dudas.

Es madurar y florecer,
es llevar frutos
y una vez maduros
dejarlos caer,
flores tuyas,
frutos tuyos,
todo lo tuyo
a tu manera y verdad.

Es ver si de ti
se tiñe un poco
lo que te circunda,
de tu intimidad,
la entrega, lo sensible,
libertad y cariño,
las muchas señas
de tu vuelta a ti.

Eras
parte del mercado,
sentías, hacías,
interpretabas, creías,
era tu mundo.

Un día descubriste
el antejardín de tu casa,
ahora tenías dos lugares
para ver y vivir.

Otro día entraste
a tu casa apenas,
pero saliste pronto
a mercado y calle.

Te pedí
que en casa busques
las otras piezas,
la pieza de estar,
tu dormitorio.

Lo hiciste nerviosa,
querías volver a la entrada
y ver afuera
el antejardín, el mercado.

De a poco
te acostumbraste,
comenzaste a querer
tus espacios interiores.

Lo tuyo,
devuelto paulatinamente
a tu mirada, a tu sentir,
aquí, ahora.

Rompí el reloj,
me dijiste con cara maldadosa,
no existe más,
sonreíste cómplice,
ahora siento
el paso del tiempo -
de ganas en ganas,
o madurando lo desconocido
de a poco más intenso,
en la sangre lo siento,
en desarrollos paulatinos,
en medio del presente
un caminar
grandioso, fuerte, transparente,
esfera de mi existencia
en cuyo centro voy asombrado,
riqueza multiplicada
y ahora plena en el sentir.

Destruí la medida,
y voy de luz en luz,
de anhelo en anhelo,
de pena en pena,
mis tiempos llenos
de la verdad de vida
que en mí se expresa,
vertiente inagotable,
flujo precioso,
del día a la noche
y de la noche al día
la experiencia maravillosa,
lugar de residencia, hogar,
aquí adentro.

Y si yo andaba equivocada
creyendo lo que todos creen,
¿por qué ellos no tropiezan,
me preguntaste,
qué es de ellos?

Quizás, te respondí,
hay más sufrimiento allá
que el que se ve,
llantos contra la almohada
o angustia en la ducha,
y aguantan sin esperanza,
o un día, como tú,
se quiebran y buscan -
las personas generosas primero,
las sensibles, las despiertas,
no pueden más.

No lo entiendo, me dijiste,
no lo entiendo.
Claro, yo tampoco,
pero no tienes otra,
o te respetas y te cuidas,
o vuelves allá -
hasta la próxima.

Bajas la mirada.
El camino difícil.

Intuyo
que mañana, un día,
lo aceptarás, humildad y todo,
inocente, como de nuevo,
el camino maravilloso.

En el ir y venir
de nuestro conversar
nombré cosas
esta mañana
que tocaron profundo
en tu alma defendida.

Bajo la sorpresa
te moviste en el sillón,
alcanzaste al té
y probaste un sorbo,
te reclinaste cuidadosa,
buscando, sintiendo,
ya casi aceptando,
de a poco abriendo
lo que estaba cerrado,
una nueva paz
emergiendo como luz
en tu frente abierta.

Te llevé a hablar
de otras muchas cosas
- que nada altere lo ganado -
y el tiempo fue
por avenidas entretenidas
mientras adentro se asentaba
la nueva mirada,
la nueva aceptación,
la comprensión
de lo tuyo.

Cuando te fuiste
creí ver también en tu caminar
la misma luz de tu frente,
asertiva, segura,
la bendita paz.

La enfermedad
te tiene acorralado,
casi con inocencia te presta
al tiempo que corre,
como jugando,
quizás esperando,
te expone y te muestra,
mientras tú, inatento,
imbuido en tus cosas,
ganas horas
que marcan tu perder.

Te di mi opinión
sobre renuncias,
sobre humildad y gratitud,
sobre reverencia y cuidado.

No sé lo que fue.
Pero algo pasó
y me miraste
desde el terror que reina
en tu alma reprimida,
los ojos abiertos
en oscuridad y dolor,
honrados, sufrientes,
preguntando algo,
pidiendo clemencia.

Te mostré un camino,
el tiempo que recibes,
los frutos de la lealtad,
nombré finalmente
incertidumbre y confianza
entre grandes silencios
tuyos y míos.
Con ojos cómplices
me dijiste gracias,
débil, resuelto -
claro,
de nuevo entusiasmado.

La larga historia
de nuestro vulnerable pasado,
siempre de nuevo retomada,
niños tras niños,
los niños de los niños,
nuestros antepasados,
la larga maravillosa historia
ahora visible:
qué milagro
entre tantos peligros,
de madre en niña,
de huérfana en hija
y más allá, en nietas,
nosotros, entonces,
compartiendo con todos,
con nuestros hermanos
en sabana y bosque,
en río y aire,
nosotros,
débiles y graciosos,
creativos y buenos,
a la puesta del sol amantes
o amaneciendo
asombrados y reverentes.

Y de pronto guerra,
saqueo, riquezas, dominio,
miedo y agresión
en el corazón apurado.
O un poco menos duro
en tiempos de paz,
la tensión,
apretado el corazón.

Y tú me pides
que te indique
cómo volver
a la historia de antaño.

Deja de pelear.
A más reconquista
más pierdes.
Renuncia, deja que sea -
que con tanta lucha
te vas perdiendo a ti,
día tras día,
tú a ti.

Llora,
suelta la pérdida,
camina, pinta,
escribe cartas
que a nadie después
enviarás.

Lo que pierdes
aquí en el corazón
constrúyelo invisible
- el sentido -
con cariño,
cuidando,
a nadie ahora asible
en medio de ti.

El niño lo puede
cuando estira el brazo
y alcanza el juguete -
entusiasmado
en medio del mundo
y es uno,
él y juguete.

Nosotros ya no.
Nos engañamos,
hablamos de cosas
que ocurren ahí,
de personas,
dividimos la experiencia
y nos acomodamos,
pero somos nosotros,
y elegimos
lo que calladamente
a nosotros eligió.

Recién
aceptando la unión
logramos a veces ver
un poco de lo otro
y nos sorprendemos -
como niño
que aprende.

Te felicité,
pero sólo sonreíste,
fue por temor que lo hice,
era peor no hacer nada,
la angustia
me estaba matando.

Abandonaste lo conocido,
ciego entraste, confiando,
a lo nuevo,
a posibilidades distintas,
a escenarios de vida
por nadie compartidos
de entre quienes te rodean.

Como un náufrago, cansado,
a quien la ola tiró a la playa,
se yergue apenas,
rodillas blandas,
y camina hacia adelante,
hacia cualquier parte,
alejándose del agua,
ingresaste a lo tuyo.

Ahora vas tranquilo,
seguro de ti, de la vida,
fuerte, despierto,
después de tanto aprender
de quiebre en quiebre,
de tanto cruzar
lo difícil mil veces,
el amedrentado valiente,
y sonríes humilde
cuando se te habla.

Solos,
cuán solos somos,
y lo que vemos
no es más que lo nuestro
hasta que despertamos
un día y cruzamos.

Nuestras maniobras,
las lógicas aprendidas,
los propios intereses
pintando la realidad
que después aceptamos,
ingenuos, engañados
por nosotros mismos.

Solos ahora
pero asumiéndolo,
cargando lo nuestro
como manta cayendo
desde los hombros,
realidad, dignidad,
humilde seriedad,
más enteros,
más profundos,
solos, muy solos.

Del enredo
les nace la violencia,
las acciones malas,
sus muchas consecuencias -
y al lado de sus caminos
arde el incendio del alma.

Crean que insistiendo
en sus prejuicios infantiles
reconquistarán el bien
por los siglos de los siglos.

Y tú ahí en medio,
herida ya,
queriendo creer que exagero,
que distorsiono,
que no puede ser.

Es mi gente,
el mundo que conozco,
donde crecí,
no me digas eso,
¿dónde si no,
cómo,
puedo entonces vivir?

Mi silencio
es elocuente.
Lloras acorralada.
Piensas
leal con ellos
o leal conmigo misma.

No sabes.
Sollozas perdida.

Es grande la tarde.

Oh, los niños,
expuestos a toda dureza
crecen sin embargo
en medio de nosotros
hacia su futuro lejano,
día a día
aprendiendo a jugar
nuestros juegos inverosímiles,
día a día
aprendiendo a negar
sus muchas bondades.

Y los jóvenes, más tarde,
generosos quieren ser,
van y ayudan
al hermano rezagado,
a la muchacha pobre,
construyen, alimentan,
acogen y sirven -
pero sucumben igual
al otro día
de vuelta en su mundo,
sucumben y se esfuerzan
y se imponen.

Y a quienes
les besaron los pies,
antaño, a los meses de edad,
ahora se les teme,
ahora se les sufre,
así como van
en medio de sus juegos
de triunfo en triunfo
conquistando prestigio
para sus almas vacías.

Pero los niños,
los blandos...

Primavera, me dijiste,
es en mi alma,
en mi vida, en todo,
hacia donde miro
hay luz, hay colores,
todo brilla
con recatada felicidad,
y yo camino en medio
de mi alegría, de mi gratitud,
respiro y soy.

Recuerdos casi no tengo
de todo aquello por fin lejano,
de gente, tensión y miedos
- distancia dichosa -
algo mío
se derrama desde mi interior
y llena mi alrededor,
plenitud del corazón
fluye hora tras hora
y cubre cosas queridas.

En las tardes, incluso,
cuando comienza la oscuridad,
prendo una vela solitaria
para que alumbre lo justo
y no se pierdan matices,
preparo un té de manzanilla,
me siento en el sillón
y me dejo sorprender
por la luz
adentro aquí de mí -
sintiendo que querría
ser una artista, una pintora,
una pianista, quién sabe,
y decir de mil maneras:
primavera.

¿Con cuánto menos,
preguntaste al aire,
con cuánto menos
se puede vivir?

Conocí gente, narraste,
que viven con tan poco,
pero hay alegría
en sus caras limpias,
casi no conocen
de lo que está repleto
nuestro mundo práctico,
pero extienden generosos
sus manos simples
señalando hacia uno:
¿en qué puedo servirte?

Con mis riquezas
ante ellos
me sentí mendigo,
avergonzado ando
y busco y no encuentro.

Dime,
¿con cuánto menos
he de vivir?

Trajiste dos manzanas,
a que a mitad de mañana
hagamos un alto.

Nos reímos
de la historia antigua,
y felices las comimos
conversando del camino
que has hecho.

Y hacia adelante,
te pregunté,
¿qué ves?

Me contaste
de inclinaciones,
de preferencias y cariños,
de gustos
y de acciones
cercanas a tu corazón.

Te vi confiada
mirando hacia el futuro,
hacia lo desconocido,
hacia el tiempo
en que podrás
derramar lo tuyo
por encima
de tus circunstancias
y ser.

Agradecí de nuevo
tu manzana,
sonreímos como niños
y nos despedimos contentos.

Descanso en mi sillón,
al frente el otro sillón
está vacío.

La luz invita a decantar,
a pensar sobre
las historias que me cuentan,
los procesos del madurar,
los quiebres muchos,
los cambios dolorosos,
y a ver un renacer aquí y allá,
una felicidad irrepetible,
un futuro más sano.

Siento el placer de estar
en el cruce de caminos
de sus corazones solitarios,
ayudando
a valorar lo propio,
a querer lo dado,
a reverenciar y a agradecer.

La tarde expresa
su naturaleza generosa,
la luz lo reafirma
aquí en el sillón
y afuera en los árboles,
en los montes lejanos.

Paz
se derrama sobre la hora.